

## CAPÍTULO I. AÑO 33 DE NUESTRA ERA

La tormenta arreciaba con fuerzas. Nubes carbonadas cubrían el cielo en su totalidad. La oscuridad era patente en la zona, y eso que sólo habían transcurrido tres horas desde el mediodía. Jerusalén vivía uno de los días más tristes de su historia.

Tres crucificados agonizaban en el monte Gólgota. Un centurión con sus soldados vigilaban la zona para que nadie se acercara a socorrerlos. Cercanos a la cruz central un pequeño grupo lloraba sin importarles el agua celestial que caía sobre sus cabezas. Más abajo, la multitud esperaba expectante el fatal desenlace.

De pronto, el crucificado del centro expiró, torciendo su cabeza. Tres rayos iluminaron el monte, a la vez que la tierra temblaba y el cielo oscurecía como si fuera de noche. Muchos curiosos abandonaron el lugar con el miedo en sus cuerpos.

-¡Es el fin del mundo! -gritaban despavoridos, huyendo ladere y buscando refugio en los intramuros de la ciudad.

-Mi centurión, ya están los tres muertos -comunicó uno de los soldados al superior, haciendo el saludo de rigor.

-Lo comprobaré personalmente -dijo el centurión Longinos, devolviendo el saludo al subordinado.

Acercándose, clavó la punta de su lanza en el costado derecho del crucificado. El cuerpo no se movió, estaba inerte; sin embargo

las dos mujeres del grupo sintieron el dolor de la lanza en sus costados.

-Efectivamente están los tres muertos. Los otros dos murieron hace rato, ya que no pudieron soportar que durante su agonía les partiéramos las piernas. Podéis repartiros sus vestiduras.

Uno de los soldados sacó un dado de madera, y encima de un trozo de cuero comenzó a voltearlo.

Avanzada la tarde apareció un amigo del muerto con una orden del mismísimo gobernador para llevarse el cadáver y darle cristiana sepultura. El centurión dejó que hicieran su cometido.

Con la ayuda de unas escaleras y un martillo lo bajaron de la cruz. José desposeyó al muerto de su corona de espina, arrojándola al fuego que tenían los soldados encendido bajo unas lonas de cuero. Una de las espinas de acacia de la corona se desprendió, cayendo al suelo y desapareciendo al instante en el barrizal.

La tormenta incrementó su potencia. En algunos momentos una cortina de agua impedía ver a más de diez metros. Los amigos del crucificado, con la ayuda de unas parihuelas, trasladaron el cadáver a una pequeña cueva excavada en la roca; cerrando la entrada con una enorme piedra. Completamente empapados y en riguroso silencio regresaron a la ciudad. Aquel día quedaría grabado para siempre en sus mentes.

\* \* \*

Cuatro días después el pequeño Tomás, con la ayuda de su muleta, subió al monte renqueando: era cojo de nacimiento.

-Busca bien. Siempre aparece algo que nos pueda servir -dijo su padre desde la ladera.

-¡Ay! -gritó el muchacho.

Sin querer, se había clavado en la planta del pie el espino desprendido de la corona.

-¿Qué te pasó para chillar de esa manera? -preguntó su padre a voces.

-Algo se clavó en la planta de mi pie y no puedo arrancármelo.

-¡Subo en un momento. No te muevas! -gritó el padre escuchando los ayes de dolor de su hijo.

Sentándose en una piedra, Tomás esperó con la pierna extendida la llegada de su padre.

-Es un espino de acacia que te atravesó la suela de la sandalia. En un momento estará fuera.

Al desclavar el espino de la planta del pie, un golpe de calor ascendió por la pierna hasta la cadera.

-¡Me abraso! -gritó Tomás moviendo bruscamente la pierna enferma.

-¡Has movido la pierna lisiada!

-Lo hice sin darme cuenta. Ha sido un acto reflejo, una reacción ante la quemazón sufrida.

-¡Hazlo otra vez!

Esta vez dobló la rodilla con naturalidad sin apenas esfuerzo. A continuación volvió a estirar la pierna. Tomás repitió el ejercicio una docena de veces para el beneplácito de su padre.

-Creo que estoy curado. Siento sensibilidad en mis dedos. Ya no necesitaré la muleta que hiciste para mí -dijo, moviendo el tobillo de la pierna enferma en ambas direcciones con suma facilidad.

Poniéndose en pie, dio sus primeros pasos sin la ayuda de su muleta. La pierna respondía como si hubiera estado siempre sana.

-¡Es un milagro! -exclamaron ambos.

-Guardaré la púa de acacia para llevársela a Pedro, el predicador. Él nos dará una explicación de tu curación.

Ayudado por su padre, iniciaron la bajada; aunque no dominaba por completo el control de su pierna.

-Regalaré la muleta al primero que me la pida. Hay muchos cojos en la ciudad sujetándose con un simple palo de olivo.

La madre de Tomás salió de casa al escuchar las voces de otras mujeres anunciando la curación de su hijo. En medio de la callejuela se abrazaron llorando ante la presencia de sus vecinas, que también comenzaron a llorar contagiadas por la escena familiar. La buena mujer llenó de besos el rostro de su hijo.

-¡Déjame ver lo que te clavaste!

-Qué sucia está -comentó al ver la espina de acacia que le entregó su marido envuelta en un trapo viejo,

Efectivamente estaba sucia, a simple vista se apreciaba sangre fresca, barro y sangre seca. Echando un poco de agua en una jofaina, lavó el pie de su hijo, y después enjuagó el espino para observarlo mejor.

-¿Qué vas a hacer con él? -preguntó a su marido.

-Lo guardaré en esa cajita de madera de acacia para entregárselo a Pedro, el predicador.

-¿Sabes dónde encontrarlo?

-¡No! Pero preguntaré.

Una noche mientras cenaban llamaron a la puerta.

-¿Preguntabas por mí? -dijo un hombre alto con barbas.

-Si eres Pedro el predicador, sí.

-Lo soy.

-Pasad. Seáis bienvenidos -dijo el patriarca de la familia, ofreciendo a los recién llegados higos secos y pan de centeno.

-Estos son mis amigos: José y Juan. Entre los dos bajaron de la cruz el cadáver de nuestro Maestro.

Pedro llamó a Tomás para que contara lo que le pasó en el monte Gólgota. Terminado el relato, la madre enseñó a Pedro el espino que se clavó su hijo en la planta del pie.

Al tomarlo entre sus manos, Pedro sintió una sensación de bienestar. Lo mismo les pasó a José y a Juan cuando lo sostuvieron en las suyas.

-Yo fui quién le quitó la corona de espinas, arrojándola al fuego que tenían encendido los soldados bajo las lonas -dijo José de Arimatea.

-Si cayó al barrizal, debería estar sucia, ¿por qué no lo está?

-Mi mujer lo lavó en una jofaina, después de lavar con agua el pie de nuestro hijo.

¿Dónde arrojaste el agua?

-En un rincón del huerto, junto a un rosal de rosas blancas.

-Quisiera ver el lugar.

Encendiendo una tea, entraron en el pequeño huerto, llevándose una agradable sorpresa. Las rosas eran rojas como la sangre.

-Sin lugar a dudas echaste en la tierra sangre de Jesús.

Juntando sus manos, los tres discípulos del Maestro rezaron, dando gracias a Dios por la maravilla que habían contemplado.

-¿Qué hacemos con la reliquia?

-Ya que eres carpintero, deberías hacer una hendidura con un cuchillo en una de las paredes laterales de esa pequeña caja y dentro del hueco ocultar el espino.

-Haré lo que dices. Utilizaré el escoplo, después tamaré el hueco con polvo de virutas. Lijaré y barnizaré los laterales y el fondo, así nadie notará lo que oculta su interior.

-No ocultes la caja, déjala a la vista, y si queda abierta mejor. Los ladrones nunca roban cajas vacías de madera, les gusta el color del metal y si es dorado más.

-¿Entonces no os la lleváis?

-¡No! Para nosotros sería un engorro ir cargados con ella. Si tu hijo encontró la espina, a él le pertenece. Estoy seguro que os traerá suerte de ahora en adelante.

Dicho esto, desaparecieron en la oscuridad de la noche por las callejuelas del arrabal.

Nueve meses después, recién entrado el invierno, Tomás cogió un resfriado de aúpa. La persistente tos hacía que vomitara los alimentos que ingería. La tercera noche su madre colocó la cajita debajo de la manta que cubría a su hijo. La tos cesó. Tomás despertó como si no hubiera estado enfermo.